

La reunificación alemana en la perspectiva histórica

*Jan Patula**

INTRODUCCIÓN

Dentro de los dramáticos cambios a escala planetaria de este fin de siglo la reunificación de 1990 ocupa, sin lugar a dudas, un lugar destacadísimo. De hecho, marcó el fin de una época, la de la guerra fría y del orden internacional, así como la caída del Muro de Berlín se erigió en el símbolo del derrumbe del socialismo real. Por consiguiente, la reunificación de Alemania, situada geográficamente en el corazón de Europa, una verdadera potencia económica, con más de 70 millones de habitantes,

adquiere una importancia decisiva más allá de sus fronteras. Más concretamente, este hecho trasciende los límites nacionales y tiene repercusiones en todo el continente europeo, tanto en lo que se refiere a lo que hoy se denomina Unión Europea como a sus relaciones con Europa centrooriental.

En el presente trabajo ubicamos el proceso de unificación alemana dentro de un vasto marco histórico, a fin de percatarnos de los condicionantes positivos y negativos a lo largo de una historia milenaria del país. Al mismo tiempo pretendemos analizar la coyuntura internacional de la ab-



IZTAPALAPA 36

ENERO-JUNIO DE 1995, pp. 227-242

* Profesor investigador de tiempo completo de la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana.

sorción de la República Democrática Alemana por su contraparte mayor, la República Federal, las repercusiones e implicaciones de este hecho para los demás países europeos.

Al hablar de los antecedentes históricos, es menester subrayar que el Estado alemán es el más antiguo de Europa moderna, porque fue el primero que surgió de los escombros del Imperio de Carlomagno. Con la fundación del reino de Alemania por Alulfo en 887 se logró agrupar bajo una sola autoridad a los pueblos sajones, tiringios, bávaros y suevos, todos ellos descendientes de las antiguas tribus germánicas asentadas en los territorios correspondientes *grosso modo* a las fronteras de la antigua República Federal de Alemania (muchas otras tribus germánicas se habían dispersado o asentado en la Península Escandinava, en las Islas Británicas, en Italia, España, el norte de África, Rusia, etc.). A diferencia de tantos otros estados medievales, el Reino de Alemania logró afianzarse bajo el dominio de sus sucesores, Enrique "el Pajarero", y sobre todo Otón I.¹

Con la formación del Imperio de Occidente en 962, cuando Otón I recibió la dignidad imperial de las manos del papa en Roma, nació también la "cuestión alemana". En aquellos tiempos, así como en los siglos posteriores, ésta se expresará en una tensión permanente entre la tendencia de constituir y conservar el estado nacional, por un lado, y la de abrigar aspiraciones imperiales, es decir, restaurar el Imperio de Augusto, tal como lo había intentado Carlomagno.²

No se trató únicamente del choque entre esas dos tendencias sino también de dificultades inherentes de cada una de ellas. La cristalización del Estado

nacional alemán tropezó, al igual que otros pueblos europeos, con una inclinación natural de la época feudal hacia una división territorial propia de la desintegración de vínculos feudales entre la autoridad central de un rey y la de los príncipes, barones y otros vasallos. A su vez, la vocación imperial del monarca germánico se tradujo en el conflicto secular de investiduras, a saber, la pugna entre las autoridades imperial y papal por la hegemonía y la primacía. La otra tendencia fue la de buscar el dominio sobre la península de Italia, el supuesto corazón del Imperio de Occidente. Pasaron varios siglos antes de que ambas fuerzas imperiales se apaciguaran. La primera encontró la solución en el reconocimiento mutuo de la autonomía de los dos poderes: imperial y papal, y en el sentido más amplio entre el poder laico y el poder espiritual eclesiástico.³ Esta división entre los dos ámbitos de autoridad va a ser una característica sobresaliente de lo que después se llamará Europa Occidental o Europa Latina; a diferencia de Europa del Este, que estaba bajo influencia de Bizancio, donde el poder imperial estaba por encima del poder eclesiástico.

La otra ambición del Imperio de Occidente se atenuó en el siglo XV, cuando adoptó el nombre de Sacro Imperio Romano de la nación alemana, es decir, cuando se limitó el poder imperial a los pueblos germánicos asentados en Europa central.⁴ Pero hay que mencionar que las pretensiones imperiales de dominar a Italia —ya reducida a su porción norte, porque en el centro se estableció el Estado pontificio y en el sur (Nápoles y Sicilia) se fundó otra monarquía dinástica—, no cesarán sino hasta la unificación de Italia, en 1870.

De esta rivalidad entre la autoridad imperial y la de los príncipes duques (la autoridad de un rey alemán desapareció por completo y fue repartida entre los dos polos restantes) se beneficiaron las ciudades que lograron una autonomía casi completa. Ésta será una característica prominente de las ciudades alemanas e italianas, las cuales llegarán a constituirse en ciudades, estados, repúblicas independientes y soberanas, económicamente prósperas. La base material de su riqueza provino del comercio y la producción artesanal y manufacturera. Los dos ejes comerciales de alcance interregional: el nórdico y el mediterráneo, fueron dominados por las ciudades alemanas e italianas, un hecho histórico que no debe sorprender.⁵

La división territorial de Alemania se selló en 1250 a la muerte del emperador Federico II cuando se abrió un "gran interregno" de casi 150 años (durante el cual incluso desapareció la autoridad imperial). Pero ya el propio Federico II (1215-1250), quien prácticamente radicó en Palermo y de allí buscó manejar los problemas en Alemania, tuvo que reconocer la soberanía de los príncipes eclesiásticos por la *Confederatio cum principibus ecclesiasticis*, promulgada mediante el edicto de la Dieta de Fráncforto (sobre Main) en 1220, y la soberanía de los príncipes laicos por *Statutum in favorem principum* doce años más tarde.⁶ Este arreglo pasó a la historia bajo el nombre de la "victoria territorial", que no significó otra cosa que la división de Alemania.

La tentativa de superar la división territorial de Alemania emprendida por el emperador Carlos V —quien logró aglutinar bajo su autoridad vastos

territorios— no pudo prosperar debido principalmente a la oposición de los príncipes y duques laicos y eclesiásticos, oposición agravada por el fenómeno de la reforma protestante. Pero también el monarca francés de entonces, Francisco I, percibió el peligro de una reunificación alemana como la amenaza para los intereses nacionales de Francia y no escatimó esfuerzos ni recursos para impedirla. No hay que olvidar que en el siglo XVI se produjo el proceso de reforzamiento de los estados nacionales y el principio de *Raison d'Etat* va a trascender los intereses inmediatos dinásticos; mejor dicho, estos últimos se van a soldar con los intereses nacionales tanto en el plano político como en el económico (el mercantilismo).⁷ El fracaso de la reunificación alemana se consagró en el tratado de paz de Augsburgo en 1555, con la aceptación de la máxima *Cuius regio, eius religio* (de quien es el dominio, de él debe ser también la religión de los súbditos).

Aún mucho más grave fue el aborto de la reunificación alemana emprendida por el emperador Fernando II, ya que desencadenó una guerra de 30 años de carácter religioso-político. De nuevo intervinieron los estados vecinos apoyando el bando protestante, Dinamarca, Suecia y Francia. Este último país, gobernado por el regente cardenal católico, Richelieu, no tuvo escrúpulos religiosos en oponerse al emperador Habsburgo, ultramontano. Pero bien algunos príncipes católicos alemanes estaban luchando contra las pretensiones imperiales de Fernando II.⁸

La guerra de 30 años y los tratados de paz en Munster y Osnabruck, mejor conocidos como los tratados de Westfalia en 1648, eclipsaron a Alema-

nia por un siglo y medio del concierto de las potencias europeas, al confirmar *de iure* la desmembración de Alemania, incrementando aún más el número de principados, ducados, ciudades libres, ciudades Estado, etc., a 360, un verdadero mosaico de estados, cada uno soberano no solamente en la administración de justicia sino libre de emitir monedas, de conducir independientemente la política exterior, de participar en guerras, etc. Si bien se conservó la institución imperial, consagrada en manos de los Habsburgos, y se mantuvo formalmente el Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana, éste resultó ser una ficción. P. Béjar calificó a la Constitución Imperial la "organización del caos".⁹

Esta quimera estatal dejó de existir jurídicamente en 1806, al quedar disuelta por Napoleón I quien después de la victoria en Austerlitz temió la posibilidad de resucitar el Imperio Germánico para sacudirse de la dominación francesa. Además, Napoleón, ya coronado en 1804, no pudo soportar la idea de que en Europa existiera otro imperio con ambiciones del poder continental.¹⁰

A partir del Congreso en Viena (1814-1815) la reunificación alemana se convirtió en objeto de rivalidad entre Prusia y Austria, cuyo desenlace es por todos conocido. Cabe recordar que Prusia impulsó la reunificación después de tres guerras victoriosas, sobre Dinamarca, Austria y Francia, en el transcurso de diez años y bajo la conducción político-diplomática del "canciller de hierro", O. V. Bismarck. De ahí se acuñó universalmente la expresión de unificación con "sangre y hierro", a la prusiana, siendo el conde Bismarck el principal artífice de este proceso.¹¹ La Alemania después de 1871, la

proclamación del imperio bajo el mando de los Hohenzollern, se elevó al nivel de gran potencia, merced no solamente a su poderío político, extensión territorial y número de habitantes, sino, y sobre todo, a su potencial económico, (este país en 1913 superó a Inglaterra en sus principales indicadores económicos).¹²

Lo que debe resaltarse del II Imperio (1871-1914), o para utilizar la terminología alemana, el *II Reich*, es que sus fronteras no habían sido definidas más que por la posición de sus vecinos. Y la segunda peculiaridad de este Imperio radicó en la búsqueda desenfrenada de colonias, que forzó el nuevo reparto internacional del mundo. Sin entrar en debate sobre la responsabilidad histórica por el estallido de la I Guerra Mundial quisiéramos mencionar las tesis que sostienen que debido a la política imperialista de la Alemania de los Hohenzollern y a la tradición militarista de Prusia que se había apoderado de Alemania, este país fue el principal instigador de dicha conflagración mundial.¹³

La derrota de Alemania en 1918 intensificó, e incluso recrudesció, la "cuestión alemana" al proporcionar argumentos en favor de los movimientos nacionalistas viscerales, como lo fue el movimiento nazi, al minar los fundamentos institucionales de la República de Weimar¹⁴ y finalmente al allanar el camino para el ascenso al poder de A. Hitler en 1933.¹⁵ Independientemente de la valoración de la política de Hitler y su personalidad como criminal y etnocida (apreciación que no levanta oposición, salvo raras excepciones), coincidimos con la opinión de P. Béjar, cuando dice:

La política de Hitler es la herencia a la vez del Sacro Imperio y de Prusia. Del Sacro Imperio: él incorpora a Alemania, primero Austria en 1938, y después, a Sudetos, Bohemia y Moravia en 1939, y finalmente a Alsacia, Lorena y Luxemburgo en 1940 —todas las regiones que fueron allende marcadas imperiales. Es sintomático que Hitler no se apoderó directamente de Eslovaquia, país que entregó a la dominación húngara bajo la cual se encontraba históricamente. De la herencia prusiana Hitler retomó la alianza con Rusia, como en el siglo XVIII la alianza entre Federico II de los Hohenzollern con la Catalina II de los Romanov. Hitler logra entenderse con Stalin para engullir a Polonia, cada uno con su parte.¹⁶

LA REUNIFICACIÓN DE ALEMANIA EN 1989-1990

La derrota militar y la rendición incondicional de la Alemania nazi creó una situación radicalmente distinta de la que prevaleció al terminar la I Guerra Mundial. En 1945, el país fue ocupado y dividido en cuatro zonas: rusa, estadounidense, inglesa y francesa; de igual manera la capital del Reich. Además, Alemania perdió un tercio del territorio en favor de Polonia, como una compensación por la cesión forzada de la parte oriental (Silesia, Pomerania y Prusia), de la URSS (la zona de Königsberg), de Francia (Alsacia y Lorena). También tuvo que ceder las antiguas marcas meridionales: Austria, Bohemia, Moravia y Sudetos, y la marca occidental de Luxemburgo. La frontera con el mundo eslavo (Oder-Neisse) regresó prácticamente a la línea trazada a la muerte de “Otón el Grande”.¹⁷

La cuestión alemana en la posguerra no se expresaba únicamente en la división territorial sino, y sobre todo, en que se convirtió en el centro del enfrentamiento Este-Oeste, en un choque frontal entre el mundo occidental, capitaneado por los Estados Unidos, y el llamado campo socialista, con la Unión Soviética a la cabeza.¹⁸ El primer gran enfrentamiento entre las dos superpotencias —que por poco habría conducido al estallido de una nueva conflagración mundial— fue el bloqueo de Berlín occidental por los soviéticos durante tres meses de 1948.¹⁹ De hecho, la división de Alemania entre la zona de ocupación soviética y las tres occidentales se constituyó en la demarcación Este-Oeste, o como W. Churchill la denominó en el famoso discurso en Fulton (Estados Unidos en 1946), en la “cortina de hierro”.

La rivalidad Este-Oeste en el suelo alemán llevó a la fundación de la República Federal de Alemania y República Democrática Alemana en 1949, cada uno de esos estados incorporado al mundo occidental y el bloque soviético, respectivamente. En los años siguientes, la RFA se adhirió a la OTAN y otros organismos comunitarios de Europa occidental; mientras que la RDA se hizo parte del CAME (Comercio) y del Pacto de Varsovia. La división alemana se patentizó el 13 de agosto de 1961 con la construcción del Muro de Berlín, símbolo de la guerra fría y del mundo bipolar.²⁰

La consagración de la división alemana se tradujo en el reconocimiento del *statu quo* en Berlín y el resto de Alemania por parte de las cuatro potencias, que se comprometieron más tarde “a favorecer la eliminación de las tensiones en este territorio y a

resolver por medios exclusivamente pacíficos sus problemas litigiosos".²¹ Este paso, decisivo en el allanamiento del camino hacia la distensión (la *détente*) en las relaciones Este-Oeste, significó en la práctica la aceptación *de facto* de la desmembración de Alemania y su antigua capital, Berlín. Es cierto que tanto la RFA como las tres potencias occidentales insistían en que la solución definitiva de la cuestión alemana debería darse en un congreso de paz y mientras, tanto Alemania —que existiera jurídicamente dentro de las fronteras de 1937— como la RFA —la cual aceptó ser la heredera del III Reich— conservaran su respectiva parte de representatividad y no la de todo el pueblo alemán. Para patentizarlo, la naciente RFA no adoptó una constitución sino una ley fundamental, y su capital, situada en una pequeña ciudad universitaria, Bonn, fue asumida como provisional, en espera de una reunificación.²²

Sin embargo, con el transcurso de tiempo se veía cada vez más lejana dicha pretensión. La famosa Doctrina Hallstein que prohibía establecer relaciones diplomáticas con la RDA, fue vulnerada cuando, en 1955, la RFA estableció relaciones diplomáticas con la URSS, y después letra muerta cuando, a partir de la década de los setenta, se normalizaron las relaciones de Bonn con los países del este de Europa). Finalmente, en diciembre de 1972 los estados alemanes se reconocieron mutuamente y se comprometieron "a mantener relaciones de buena vecindad y a respetar su independencia".²³ Dos años antes, el gobierno socialdemócrata-liberal reconoció la inviolabilidad de la frontera Oder-Neise con Polonia y el canciller (en Alemania así se llama al jefe del gobierno) W. Brandt se trasladó a Varso-

via para firmar el acuerdo respectivo. Esta visita pasó a la historia porque el futuro galardonado con el Premio Nobel (precisamente por su valiente *Ostpolitik*) se arrodilló frente al monumento de los judíos exterminados en la capital polaca, lo cual significó un gesto simbólico de la expiación por el holocausto y los crímenes nazis contra el pueblo de Polonia.

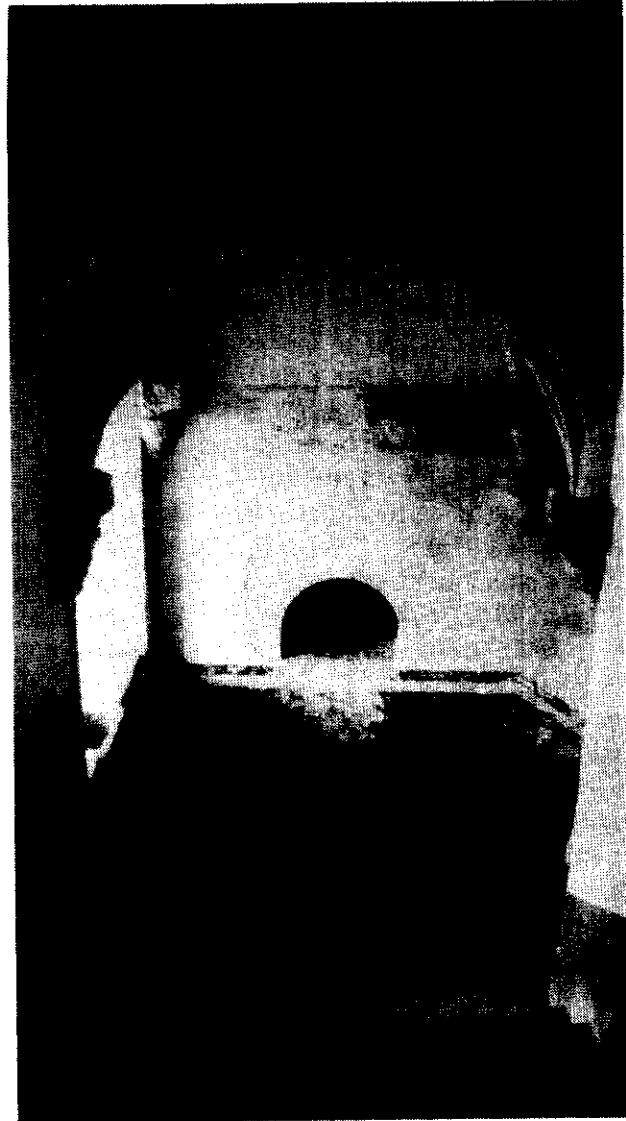
De ese modo, la distensión reafirmó la división de Alemania y de Europa en dos bloques político-militar-económicos. En 1976 se firmaron en Helsinki las actas finales de la Conferencia de Seguridad y Cooperación Europea (CSCE), con los representantes de 32 estados europeos (sólo Albania boicoteó la conferencia), así como de Estados Unidos y Canadá. Los documentos en cuestión aseguraron el principio de la inviolabilidad de las fronteras existentes en el continente europeo, el reconocimiento de los regímenes implantados en cada uno de los estados y la cooperación económica, comercial, científica y cultural de todos los firmantes. Este acto constituyó sin duda el apogeo de la distensión muy alabado por todos, excepto por los "halcones" que lo criticaron como la "traición" y "abandono" de los países tras la Cortina de hierro por las potencias occidentales.²⁴ Pero es menester recordar que dicha conferencia posibilitó el florecimiento de diferentes grupos defensores de los derechos del hombre y del ciudadano en casi todos los países del bloque soviético. Dichas agrupaciones se sintieron en cierto modo estimuladas y protegidas por los compromisos de los estados (que incluía a todos los gobiernos de Europa oriental), con respecto al respeto de esos derechos.²⁵

Desde la perspectiva actual no cabe duda de que

el giro operado en la URSS con el ascenso al poder de M. Gorbachov creó una nueva situación no solamente para ese país sino para las relaciones soviético-euroorientales, y en última instancia influyó para que se realizara la reunificación alemana. Afirmamos tajantemente que sin *perestroika* y sin *glasnot*, los países de Europa oriental no hubieran podido recuperar la independencia y la soberanía nacionales, incluyendo el derecho del pueblo alemán a vivir bajo el mismo estado.

En esencia, el “efecto Gorbachov” —como suele resumirse el cambio tan radical en todos los aspectos de la vida nacional y de las relaciones internacionales iniciado en 1985 por la llegada de M. Gorbachov a la jefatura del partido comunista— sacudió los parámetros y los principios fundamentales del llamado socialismo real. En Europa del Este, para las élites gobernantes las reformas del mecanismo económico (*perestroika*) cada vez más radicales, y la transparencia informativa (*glasnot*) que abrió un caudal de críticas nunca antes experimentadas tuvieron el efecto desconcertante, para los grupos y personajes disidentes; por el contrario, significaron una luz de esperanza que saludaron con simpatía manifiesta. E. Mandel, el estudioso y militante trotskista, presentó así los dos lados del “efecto Gorbachov” en el bloque soviético:

Los dinosaurios en funciones están a disgusto con este mocoso que les lee la cartilla y que se arriesga a suscitar movimientos populares difícilmente controlables. Ellos se resisten; no pueden rebelarse. Porque ese mocoso representa al Kremlin y éste sigue siendo la fuente última del poder.²⁶



En cambio, los miembros de asociaciones opositoras más o menos abiertas, como lo fueron los grupos pacifistas y de los derechos humanos, aclamaban la *perestroika* con un júbilo incontenible. Sobre todo en los regímenes más "cerrados", como lo fueron la RDA, Checoslovaquia y Rumania, se hacía evidente una brecha entre al temor incontenible de las cúpulas gubernamentales y la animación desbordante por parte de los grupos opositores y las personalidades disidentes.²⁷ Unos jóvenes inconformes llegaron incluso a componer canciones con música de rock en honor a Gorbachov.²⁸

De 1985 a 1989 se registraron movimientos tectónicos "leves", en comparación con el "terremoto" de 1989, que llegó al nivel 10 en escala de Richter, para utilizar la terminología sismológica. En otras palabras, en otoño de 1989 se produjo el colapso del sistema comunista en Europa del Este, y este colapso permitió la reunificación de las dos Alemanias. Se trata de acontecimientos aún muy frescos y no necesitamos recordarlos con lujo de detalles.²⁹ Lo que huelga subrayar fue el hecho de una velocidad extraordinaria y de la reacción en cadena del proceso de la caída del sistema del socialismo real en todos los países del bloque soviético.

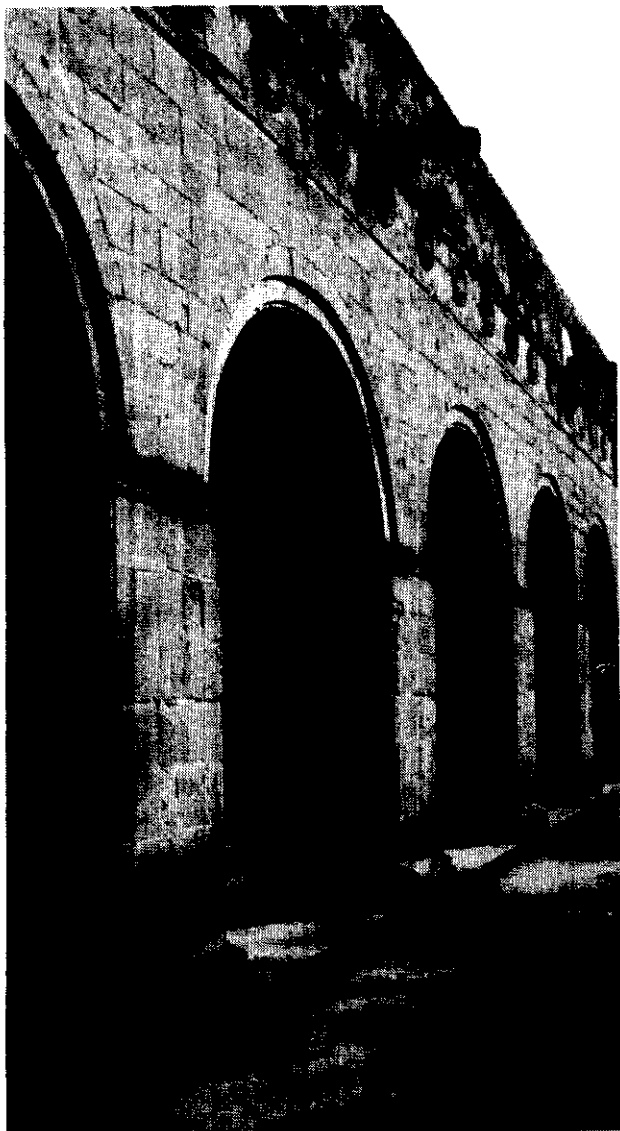
En cuanto a la RDA, la crisis política del régimen se originó con el éxodo de sus ciudadanos, quienes aprovechando las vacaciones de verano se habían refugiado en embajadas de la RFA en Budapest (la mayor parte), Praga y Varsovia, capitales de todos los países donde podían viajar libremente. Lo que ellos se propusieron era repetir en cierto modo la hazaña de Cristóbal Colón, sólo que en el sentido contrario; ellos quisieron ir a la contraparte occiden-

tal, eligiendo el camino hacia el Oriente. Mientras tanto, Hungría vivía una enorme efervescencia política que se tradujo en la descomposición del partido comunista, las negociaciones con la oposición y la liberalización total del régimen. Sin mayores presiones del exterior, el gobierno húngaro accedió a permitir salir a los refugiados germanorientales hacia la RFA y poco después desmontó las cercas de púas electrizadas en su frontera con Austria y de este modo facilitó la salida a quienes desearan abandonar el país sin las molestias de buscar refugio en la embajada germanooccidental.

La reacción de las autoridades de Berlín Oriental fue de una irritación no camuflada. El 12 de septiembre de 1989, el órgano oficial del partido comunista, *Neues Deutschland*, publicó el editorial intitulado; "El gran golpe de la RFA", en el cual reafirmó:

Tras una larga planificación y una organización minuciosa, el pasado lunes se procedió, en una acción solapada y alevosa sostenida con un derroche propagandístico en gran escala, a hacer salir ilegalmente de la República Popular Húngara a gran cantidad de los ciudadanos de la RDA rumbo a la RFA, infringiendo así tratados y convenios firmados sobre la base del derecho internacional. Este es un acto sin precedentes en la vida internacional, en las relaciones entre Estados soberanos, y significa una abierta injerencia en los asuntos internos de la RDA y de otros Estados".³⁰

El partido y el gobierno germanorientales acudieron al mismo arsenal de "argumentos" que en otras ocasiones, cuando se presentaba una crisis político-social.



Pero en esta ocasión, la crisis fue terminal. A lo largo y ancho del país, en el seno mismo del partido comunista se levantaron las voces de protesta, exigiendo, entre otras cosas, una discusión franca y pública sobre los males que aquejaban al país y una definición del rumbo de la política gubernamental. En medio de una oposición creciente, el líder del partido comunista y del Estado de la RDA, el anciano E. Honecker renunció a sus cargos, dejando la jefatura en manos de E. Kranz, muy allegado suyo. A pesar de las promesas de emprender reformas a fondo, las manifestaciones callejeras crecieron como el agua durante el diluvio (para utilizar una expresión de H. Sindermann, jerarca del partido-Estado de la RDA con cierta inclinación liberal.³¹

La ola de protestas no se apaciguó ni durante las ceremonias del XL aniversario de la fundación de la RDA; por el contrario, aprovechando la estancia de M. Gorbachov en las festividades oficiales, se le pidió ayuda. El discurso del número uno del Kremlin no dejó dudas sobre la posición de la URSS con respecto a la crisis política global del régimen comunista en la RDA. Sus palabras de que “quien llega tarde... pagará las consecuencias” constituyen un mensaje inequívoco de que la Unión Soviética no tenía la intención de sostener el régimen de Berlín Oriental por la fuerza. Finalmente, el 9 de noviembre del mismo año, el gobierno germanooccidental decidió, ante un incontenible flujo de emigrantes vía Checoslovaquia, Hungría y Austria, liberar las fronteras. La misma noche se abrió el hermético Muro de Berlín; los ciudadanos de ambos lados se abrazaron eufóricos; otros empezaron a derrumbarlo con instrumentos rudimentarios. El 9 de noviembre de

1989 pasó a la historia como la fecha símbolo (al igual que el 14 de julio de 1989 con la toma de la Bastilla en Francia) del final de la división de Alemania y de Europa, el término de la guerra fría en las relaciones internacionales. Se abrieron de ese modo las puertas para la reunificación alemana.

IMPLICACIONES Y CONSECUENCIAS NACIONALES E INTERNACIONALES DE LA REUNIFICACIÓN ALEMANA

La caída del Muro de Berlín y del sistema político en la RDA abrió las perspectivas para una reunificación alemana. De inmediato se plantearon dos caminos a seguir: una vía lenta basada en una confederación de los dos estados alemanes, con el fin de asegurar una transición gradual y una maduración en todos los aspectos de las condiciones de vida, sistemas industriales, agrícolas, comerciales, bancarios, etc., o una fusión rápida de ambas entidades estatales, con base en una absorción de la Alemania Oriental por su contraparte occidental.

El camino confederativo pretendió repetir el ejemplo de unificación del siglo XIX, con el *Deutscher Bund* de 1815 como antecedente y la fundación del II Reich por Bismarck en 1871 como su coronación. Pero mucho más importantes han sido otras consideraciones contemporáneas; desde las diferencias abismales entre las economías de los dos estados alemanes hasta preocupaciones por el equilibrio europeo y las reacciones de los países europeos.³² Tal vez la mayor difusión y no pocas controversias dentro y fuera de Alemania alcanzaron las opiniones vertidas por el prestigiado escritor G.

Grass, intelectual estrechamente ligado con el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD). Entre sus argumentos destacaron:

La confederación de los dos estados alemanes no violenta la evolución de cada uno de ellos en la posguerra; por el contrario posibilita algo nuevo: una comunidad autónoma, suficientemente soberana para enfrentar compromisos adquiridos anteriormente y de este modo contribuir a la causa de la seguridad en Europa.

La confederación de los dos estados alemanes se asemeja mucho más al proceso de la integración europea que un estado unitario que sufriría de sobrepeso, tanto más que la Europa unificada será también una confederación, por ende, tendrá igualmente que superar el principio tradicional de estados nacionales”³³

Sin embargo, prevaleció la opción de la unificación rápida, de un estado unitario; de hecho, de la absorción de la RDA por la RFA. A nuestro juicio, dos elementos desempeñaron el papel crucial. El primero, de orden interno, fue la victoria aplastante del partido democristiano en las elecciones del 18 de marzo de 1990 en la RDA, el cual, sintiéndose emparentado con su homólogo de la RFA (CDU), enarbó el programa de unificación rápida y fomentó expectativas de igualar el nivel de vida de la parte oriental con el de la parte occidental. El segundo elemento provino de la consideración de que la coyuntura en la Unión Soviética bajo la dirección de M. Gorbachov era favorable en este momento, pero bastante inestable desde el punto de vista interno, hasta para temer un cambio en el futuro inme-

diato de la jefatura del país. Hay que mencionar de que el mismo Gorbachov se convenció de que la RFA podría jugar el papel principal en la ayuda económica a su país, después de haber sufrido una cierta desilusión con respecto a Francia.³⁴

Así, a partir del 1 de julio de 1990 entró en vigor el Tratado de Unión Económica, Monetaria y Social, negociado entre los dos gobiernos democristianos —de L. de Maizere de la RDA, y de H. Kohl de la RFA—. El tratado se propuso la armonización de sistemas institucionales, la introducción de la moneda común (D-Mark) y de una política monetaria única y el ajuste necesario de la economía de la parte oriental (léase la introducción de la economía del mercado, a imagen y semejanza en la RFA). Se negoció con amplio beneficio para los alemanes orientales una tasa de intercambio entre las dos monedas a la cual se hizo el tipo de cambio que abolió el marco oriental. Todo ello, a pesar de la oposición del banco federal (*Bundesbank*) que temió —y con razón— el repunte de la inflación. En cambio, se optó por cierto gradualismo en la nivelación de los estándares de vida de la población germanooriental.³⁵

Finalmente, el 3 de octubre del mismo año dejó de existir la RDA al convertirse en cinco estados (*Länder*) de la RFA. Se consumó la reunificación alemana después de más de 40 años de separación y se hizo con la anuencia de las cuatro potencias responsables por el destino de Alemania, en virtud del Tratado de Potsdam, así como con la aceptación de otros países europeos. Todo ello mediante negociaciones diplomáticas, y no sin escollos.

Es menester hacer hincapié en que las dos Alema-

nias y principalmente el gobierno de la RFA actuaron en todo momento con sumo cuidado, subrayando la intención de que la reunificación no se dirigía contra el proceso de integración europea o intereses particulares de un Estado dado. Ya a principios de 1990, antes de las celebraciones de las elecciones en marzo, el primer ministro en funciones en la RDA, declaró:

El proceso de unificación no deberá ir en contra de los intereses paneuropeos, sino que más bien ha de llevarse a cabo bajo la responsabilidad nacional e internacional. Ha de ser un camino en Europa y para Europa. Ha de servir a la paz y o deberá ir en perjuicio de nadie.³⁶

No obstante las declaraciones oficiales alemanas, los gobiernos y la opinión pública en otros países mostraron una cierta perturbación e inquietud por la perspectiva desconocida de la Alemania unificada. *Grosso modo*, se pudo establecer una tendencia: cuanto más alejado de Alemania fue el país, opinó de manera más entusiasta sobre la reunificación alemana; en cambio, los países vecinos no escondían sus signos de preocupación.³⁷ En Polonia, por ejemplo, se produjeron manifestaciones callejeras espontáneas en contra de la reunificación, considerándola un peligro inminente para la integridad y la independencia nacionales. La opinión pública polaca, que no ha olvidado los crímenes de la guerra y la política de aniquilación llevada a cabo por los nazis y que, además, durante 45 años del comunismo ha sido nutrido con la propaganda en el estilo de “revanchismo” al “imperialismo” germanoccidental, sintió el temor del poderío unificado de Alema-

nia y vislumbró posibles reclamos territoriales. Un connotado periodista polaco, Kisiel, comparó el comportamiento de una gran parte de sus compatriotas con caballos de caballería que con sólo escuchar el sonido de la trompeta se lanzan a galope...³⁸

En Francia fue el gobierno de Mitterrand el que emprendió una ofensiva diplomática para impedir, o al menos retrasar la reunificación alemana. Hasta último momento, París se esforzó por mantener a la RDA como un Estado autónomo. Los días 22 y 23 de diciembre de 1989 el propio presidente de la Quinta República rindió una visita de Estado a Berlín Oriental, lo que despertó una cierta irritación de Bonn.³⁹ También una visita relámpago de Mitterrand a Kiev el 6 de diciembre de 1989 para entrevistarse con Gorbachov fue interpretada en Alemania como "un recuerdo extremadamente claro de las alianzas históricas ruso-francesas".⁴⁰ En este contexto cabe añadir que Francia y la RFA constituyeron el ejemplo de reconciliación y superación de los rencores históricos a partir de la firma de un acuerdo entre De Gaulle y Adenauer a principios de los años sesenta. Además, es opinión generalizada que los dos estados formaron el eje del Mercado Común Europeo, fundamento de la integración europea.

Los ingleses tomaron con posición más prudente. Sólo M. Thatcher, dejando la jefatura de su partido y el puesto del primer ministro, pudo permitirse el lujo de decir lo que pensaba. En el foro internacional de La Haya, en mayo de 1992, advirtió de la amenaza de un Estado unificado alemán el cual, "a pesar de los fundamentos democráticos crea un problema tanto para los alemanes mismos como de cara

al resto de Europa".⁴¹ En la misma intervención suya, ex primer ministro de Gran Bretaña exigió que los estadounidenses conservaran sus bases en Europa, porque "hasta ahora formaban el equilibrio en relación con las tropas soviéticas y ahora podrían equilibrar el poder con respecto al incremento del poderío de Alemania, lo cual deberían apreciarlo los mismos alemanes".

En las negociaciones de las cuatro potencias con los dos estados alemanes —negociaciones conocidas como "dos más cuatro"—, el principal papel lo desempeñaron los Estados Unidos y la Unión Soviética; Francia e Inglaterra tuvieron que contentarse con el papel de espectadores. Pero el nuevo gobierno de Polonia también exigió tomar parte, debido al temor polaco de que la Alemania Unificada pudiera desconocer los acuerdos suscritos con respecto a la frontera Oder-Neisse. Las dos superpotencias admitieron a la representación del gobierno polaco sólo en las negociaciones sobre la inviolabilidad de la frontera oriental de la Alemania unificada.⁴²

El punto central de las negociaciones de "dos más cuatro" radicó en determinar el estatus político-militar de la futura ex RDA. Los soviéticos se mostraron muy renuentes a que esta parte de Alemania incorporada fuera una zona desmilitarizada en la cual sólo la policía y las tropas de protección de las fronteras cumplieran funciones de mantenimiento del orden interno y de control fronterizo. Sólo después de la visita relámpago del canciller H. Kohl al Cáucaso y su encuentro con Gorbachov en julio de 1990 se desbloquearon las negociaciones. A cambio de una cuantiosa ayuda financiera, tecnológica, la renegociación de la deuda soviética y el pago por el

retiro de 380 mil soldados más 120 mil de sus familiares del territorio de la ex RDA en el plazo de tres o cuatro años, la directiva soviética accedió a que este país permaneciera dentro de las estructuras político-militares de la OTAN, y a que parte de la *Volksarmee* (ejército de la RDA) se transformara en la *Bundeswehr* y tuviera derecho a conservar sus bases en los cinco estados (Länder) de la ex RDA.⁴³

Superados todos estos obstáculos, el 12 de septiembre de 1990 se firmó el acuerdo cuatripartito con los dos estados alemanes, en el cual se reconoció la plena soberanía del futuro estado unificado de Alemania. Las cuatro potencias optaron por esta vía y no por una conferencia de paz cuyas negociaciones podrían prolongarse por varios años y en las cuales tendrían que participar todas las partes beligerantes en el conflicto con la Alemania nazi. De este modo se resolvió lo que durante todo el periodo de la posguerra se conoció como la “cuestión alemana”.

CONCLUSIONES Y PRONÓSTICO

Hemos hecho hincapié en que la reunificación alemana fue el producto de varias fuerzas motrices, fruto del proceso iniciado en la URSS con el nombre de *perestroika*, el cual desencadenó no solamente las reivindicaciones nacionalistas en la propia Unión Soviética, sino que permitió en última instancia a los países de Europa del este recuperar su independencia y soberanía nacionales. En la “cuestión alemana” fue decisiva la renuncia por parte de la nueva directiva soviética de sus derechos históricos derivados de las conferencias internacionales en Yalta y Potsdam

de 1945, al terminar la Segunda Guerra Mundial, en tanto que gran potencia vencedora.

En el pasado, la URSS optó siempre por mantener la “cláusula imperial”, tal como la socióloga polaca J. Staniszkis llamó a la subordinación político-militar-económica de toda Europa oriental a la URSS. Lo hizo incluso con el lujo de la violencia e intervención militar, como en 1953 en la RDA, en 1956 en Hungría y en 1968 en Checoslovaquia. Recordemos también que a raíz de esta última intervención la directiva soviética de entonces había formulado la llamada “doctrina Breznev”, según la cual la URSS se arrogaba el derecho a intervenir, hasta militarmente, si las “conquistas socialistas” en un país estaban amenazadas. En otras palabras, el Kremlin no estaba dispuesto a tolerar ni las reivindicaciones independentistas ni los modelos alternativos del socialismo en la zona de su influencia exclusiva como lo era la Europa del Este. En contraste con esta posición, la del equipo de Gorbachov fue totalmente diferente. A. Yakovlev, uno de los principales asesores de la política exterior soviética, declaró “habíamos extraído la lección de las intervenciones en Hungría y Checoslovaquia, intervenciones cuyo único efecto fue prolongar la agonía de regímenes no populares y aumentar el sufrimiento de sus pueblos”.⁴⁴

Hemos señalado también en este artículo el contexto internacional de la “cuestión alemana” a lo largo de los siglos durante los cuales se planteaba de manera aguda. Igualmente hemos esbozado la reacción en otros países hacia la reunificación en 1989-1990, llamando la atención sobre las preocupaciones por las consecuencias de este hecho. Y éstas

siguen siendo externadas dentro y fuera de Alemania. *Grosso modo* se plantean dilemas: "europeizar a Alemania o germanizar a Europa", es decir, temores ante una Alemania unificada, con cuyo poderío económico, territorial y de una población incrementada podría pesar demasiado y, en su caso, lograr una hegemonía aplastante en toda Europa. Otra alternativa implícita en este dilema es la confianza (el deseo) en que el avance del proceso de integración europea no deje otro camino a Alemania que su plena incorporación, con todos los haberes de la hipoteca (institucional, política, económica, comercial, bancaria, monetaria, cultural, etcétera).

En la misma Alemania este tema sigue siendo objeto de profundas reflexiones. En el número 12 de la revista *Der Spiegel*, los autores de un artículo-entrevista, V. Dannhardt y P. Larsch, inquietan sobre el papel de Alemania en Europa y al mundo "cualquier cosa que Alemania emprende o deja de emprender despierta ora preocupación ora expectativas".⁴⁵ El ex asesor del canciller H. Kohl, el historiador M. Sturmer, planteó la cuestión "Alemania y Europa" en los siguientes términos: "La pregunta por más Europa o más Alemania significa la alianza con la hegemonía de Alemania".⁴⁶ Y con respecto a la posibilidad de extender la influencia de Alemania en el este de Europa, los dos autores citan una opinión: "los alemanes penetrarán económicamente de manera inevitable los territorios entre Vistula, Bug, Dneper y Don".⁴⁷ K. Seitz, ex jefe de planificación en el gabinete del ex ministro de Relaciones Exteriores Gencher ha opinado que "después de la caída de la Unión Soviética, los Estados Unidos, Japón y Alemania son los tres estados más impor-

tantes del mundo: contribuyen con más de 50% de la producción mundial. Cada uno de estos tres estados es una potencia hegemónica en su región".⁴⁸ Más clara ni el agua.

A tres años de consumada la reunificación alemana es aún prematuro trazar un balance definitivo de este hecho tanto para Alemania como para Europa. No obstante, cabe mencionar que el costo de este proceso sobrepasó las estimaciones oficiales; de 1990 a la fecha sólo de parte del gobierno federal se asignó 400 mil millones de marcos para financiar obras de infraestructura, el déficit presupuestal de los cinco Lander y los municipios, pero las necesidades reales están muy lejos de cubrirse. Pero es en el plano psicológico donde se plasman mayores diferencias entre las dos partes. Como nunca antes en la historia de Alemania se manifiestan hondas diferencias en las formas de pensar y de vivir de la gente de ambas partes de Alemania, los *Ossi* (orientales) y los *Wessi* (occidentales). Las previsiones originales de igualar el nivel de salarios y de vida entre las dos Alemanias en un plazo de dos a tres años se esfumaron; ahora se habla de 10 a 15 años, como mínimo.

También el proceso de reunificación alemana afectó de manera negativa la marcha de la integración europea, así como los ambiciosos planes plasmados en Tratados de Maastricht de lograr una unión económica, financiera y política, una moneda común y un sistema bancario de los 12 países de la Comunidad Económica Europea. No se trata aquí de temores en torno al "alma alemana", de tentaciones arraigadas en la idiosincrasia nacional de perder el equilibrio, de entregarse a los sueños y quimeras de la supuesta misión histórica del pueblo alemán. Se

trata de algo muy concreto: a raíz de las enormes necesidades financieras para sufragar los costos de la reunificación, y por el temor a un repunte inflacionario, el Banco Federal (*Bundesbank*) mantuvo todo ese tiempo, y lo sigue haciendo, altas tasas de interés. Esta situación —en opinión de muchos— arruina el sistema financiero y cambiario europeo por atraer capitales foráneos. De este modo, otros países de la Comunidad Europea son arrastrados por el carro del financiamiento de la unificación alemana, en detrimento de su propio desarrollo y del sistema monetario y cambiario de toda Europa.

Así pues, la “cuestión alemana”, aunque resuelta en el sentido de verse coronada con la unificación de los dos estados alemanes, sigue representando un desafío para el futuro por plantear nuevos problemas y por suscitar los interrogantes sobre parámetros inéditos de la constelación europea y mundial. Ya nadie va a poder repetir la expresión acuñada por T. Mann (el gran escritor alemán y la conciencia crítica de su pueblo en el periodo nazi): “Amo tanto a Alemania, que me alegra que existan dos ejemplares de ella”.

NOTAS

- 1 E. Kahler, *Los alemanes*, FCE, México, 1977, pp. 86-93.
- 2 W. Hubasch, *Die deutsche Frage*, Ploetz, Würzburg, 1961, p. 1.
- 3 Sobre el conflicto entre el poder imperial y eclesiástico, véase J. Haller, J. Dannenbauer, *De los Staufer a los Habsburgo*, UTEHA, México, 1964, pp. 47-49.
- 4 P. Béhar, *Du I er au IV er Reich. Permanence d' une*

- nation, renaissances d' un Etat*, Ed. Desajonqueres, Paris, 1990, pp. 63-76.
- 5 H. Pirenne, *Historia económica y social de la Edad Media*, FCE, México, 1970, pp. 106-118.
- 6 R. Gebhardt, *Handbuch der deutschen Geschichte*, B. 2., Union Verlag, Stuttgart, 1986, pp. 94-108.
- 7 P. Béhar, “Les bouleversements du paysage européen. La réunification de l'Allemagne et ses conséquences pour l'Europe”, *L'Europe dans le monde. Cahiers Français*, núm. 257 (1992), p. 10.
- 8 *Ibidem*.
- 9 Sobre la controversia de los proyectos y la realidad del Imperio napoleónico, véase L. J. Godechot-*Europa y América en la época napoleónica*, Ed. Labor, Col. Nueva Clío, Barcelona, 1969, pp. 179-206.
- 10 El proceso de unificación alemana bajo Bismarck está analizado magistralmente por P. Aycoberry, *L'unité allemande*, Ed. du Seuil, París, 1982, pp. 127-145.
- 11 Consulte T. Kemp, *La revolución industrial en la Europa del siglo XIX*, Fontanella, Barcelona, 1976, pp. 154-166.
- 12 Cf. E. Osmanczyk, “Tratado de Versailles”, en *Enciclopedia Mundial de Relaciones Internacionales y Naciones Unidas*, FCE, Madrid, 1976; varios autores, *Grundrisse der deutschen Geschichte*, Dietz Verlag, Berlín, 1979, pp. 214-245.
- 13 Véase F. L. Carsten, *La ascensión del fascismo*, Seix Barral, Barcelona, 1971, pp. 109-161.
- 14 La problemática de la toma del poder por los nazi tiene una enorme bibliografía tanto “factográfica” como “interpretativa”, véase a título de ejemplo S. J. Wolf, *El fascismo europeo*, Grijalbo, México, 1971.
- 15 P. Béhar, “Les Bouleversements...”, pp. 12-13.
- 16 I. Farcat, *L'Allemagne de la Conférence de Potsdam a l'unification*, Minerve, Paris, 1992, pp. 38-41.
- 17 Sobre el orden internacional bipolar, creado a consecuencia de la II Guerra Mundial, existe una bibliografía superabundante, a título de ejemplo consúltese: H. Garza E, “La rivalidad soviético-norteamericana en el ámbito internacional”, *Foro Internacional* (C. M.), vol. 21, núm. 2 (1980), pp. 195 y ss.

- 18 La cuestión de Berlín, desde el bloqueo de la ciudad hasta la construcción del muro, en H. Gall, "El problema de Berlín", *Foro Internacional*, (C.M), núm. 6 (1961), pp. 208-226.
- 19 Para conocer las repercusiones de la construcción del Muro de Berlín véase varios autores, *Berlín resumido*, Internationen, Bad Godersberg, 1981, pp. 17-34.
- 20 Cit. P. Heitzer, RDA, *Compendio histórico*, Dietz, Dresde, 1981, p. 208.
- 21 Cf. *La ley fundamental*, Internationen, Bad Godersberg, 1957, pp. 4-6.
- 22 A. M. Schultz D., *op. cit.*, p. 90.
- 23 Cf. W. Laqueur, "Eurpen The Specter of Finlandization", *Commentary*, núm. 6, 1977, pp. 37-41.
- 24 Sobre las actividades de movimientos independientes, incluyendo a las de las agrupaciones de los derechos humanos, en Europa del Este, véase mi libro, *Europa del Este. Del stalinismo a la democracia*, Siglo XXI editores, UAM-I, México, 1993, pp. 213-388.
- 25 E. Nadel, *¿Hacia dónde va la URSS de Gorbachov?*, Fontamara, México, 1991, pp. 158-159.
- 26 Por ejemplo en Polonia, la parte más lúcida de la oposición de "Solidaridad" saludó las reformas y la apertura informativa en la URSS de Gorbachov con abiertas simpatías, advirtiendo de que con ellas se abren también oportunidades inauditas para los países de Europa del Este, Cf. A. Michnik, *Reformy sowiecki* [Reformas soviéticas], *Krytyka*, núm. 4, 1987, pp. 5-27.
- 27 Véase una canción balada en E. Mandel, *op. cit.*, pp. 159-160.
- 28 Aparte de un alud de publicaciones periodísticas y de revistas culturales se recomiendan dos libros publicados en México sobre el derrumbe del socialismo real: A. Saldívar, *El ocaso del socialismo real*, Siglo XXI editores, México, 1990, y E. Semo, "Crónica del derrumbe del mundo soviético", *Proceso*, México, 1990.
- 29 *Neues Deutschland*, 12 de octubre de 1989, pp. 3-4.
- 30 "Spiegel-Gespäch", *Der Spiegel*, 5 de mayo de 1990, pp. 34-39.
- 31 Cf. W. Venohr, "Konfoederation Deutschlan", *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 6 de diciembre de 1989, pp. 7-8.
- 32 G. Grass, "Kurze Rede eines vaterlosen Gesellen", *Die Zeit*, 8 de enero de 1990, pp. 1 y 4.
- 33 Sobre las prioridades políticas europeas de la URSS de Gorbachov véase A. T. Gutiérrez del Cid, "Rusia no tiene amigos", *Etcétera*, núm. 25, 1993, pp. 26-28.
- 34 Los arreglos internos de la reunificación alemana en C. A. Roza, "La reunificación alemana: contexto y expectativas", en A. Anguiano (ed.), *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, UAM-Xochimilco, 1991, pp. 239-249.
- 35 "Boletín oficial de la RDA", cit. A. M. Schultz D., *op. cit.*, p. 155.
- 36 J. Thies, "German unification-opportunity or setback for Europe", *The World Today*, núm. 1(1991), p. 8.
- 37 Kisiel (S. Kisielwski), "Jak to widze", *Tygodnik Powszechny*, núm. 17 (1990), p. 12.
- 38 O. Sommer, "Worum handelt sich in Paris?", *Die Zeit*, núm. 51, 1989, p. 5.
- 39 *Frankfurter Rundschau*, 7 de diciembre de 1989, p. 2.
- 40 *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 16 de mayo de 1992, p. 2.
- 41 *Kultura*, núms. 7-8, 1990, p. 124.
- 42 J. Thies, *op. cit.*, p. 10.
- 43 A. Yakovlev, *Lo que queremos hacer con la Unión Soviética. Entrevista con Lilly Marcou*, Alianza Ed., Madrid, 1991, p. 121.
- 44 W. Dähnhardt, P. Lersch, "Deutschland heute", *Der Spiegel*, núm. 12, 1993, p. 13.
- 45 *Ibidem*, p. 14.
- 46 *Ibidem*, p. 15.
- 47 *Ibidem*.
- 48 *Excelsior*, 9 de agosto de 1993, p. F-3.